



Casa' nova

AMOBLIAMIENTOS EN CAÑO
VENTA DIRECTA AL PÚBLICO



Lunes a Sábados
de 10 a 13 y de 15 a 20 hs.

Domingos y Feriados
de 15 a 20 hs.

Av. del Trabajo 3517 - Capital
Tel. 612-0096 y 613-9439



JOAQUÍN VÍCTOR GONZÁLEZ es un referente inevitable en las cuestiones educativas y culturales argentinas. Nació en la provincia de La Rioja y su fecunda vida al servicio del progreso del país transcurrió entre los años 1863 y 1923. Fue jurista, periodista, legislador, docente, ministro de la Nación y talentoso escritor: su obra abarca 55 títulos. Gobernó su provincia y fundó la Universidad Nacional de La Plata.

En los relatos aquí publicados, el autor utiliza las fábulas para deleitar al lector con las picardías, irónicas y siempre actuales, de personajes que a pesar de su apariencia, son claramente humanos.

Coordinador de la colección :

CARLOS PENSA

Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. 86 - 2552

DISTRIBUCION MUNDIAL

todo es **Cuento**[®]
y

joaquin v.
González

coleccionable

Primavera de 1991

j. v.

LOS PERROS LADRANDO A LA LUNA

Declaróse cierta vez, en el pueblo de los perros del valle andiño, una espantosa miseria, a tal punto que los habitantes pensaron en un general exterminio de ellos, por todos los medios más eficaces.

Viendo el inminente peligro de su raza, un enorme Bulldog, guardián preferido de una rica finca, y que imperaba en la comarca y era obedecido y temido como caudillo valiente y abnegado, previendo que sus hermanos y secuaces vendrían a pedirle consejo y salvación, adelantóse a ofrecerles su ayuda.

Reuniéronse, una noche de luna llena, todos los perros, en *meeting* de protesta y de amenaza, en busca de su amado caudillo, aullando y ladrando en todos los tonos, de manera que infundía terror el áspero desconcierto de sus voces que pedían justicia, defensa y aliento para saciar el hambre extrema.

Condújoles el Bulldog, con palabras graves y contenidas, hacia un claro del bosque, y subiéndose a un peñasco de la ladera desde donde dominaba su inmenso auditorio, díjoles esta vez con verdadera energía y no vulgar elocuencia:

—Amigos, hermanos: nadie como yo lamenta y condena la miseria que os aflige y la injusta pena con que vuestros tiranos os amenazan para desembarazarse de vosotros; comprendo que la resistencia colectiva y aun la guerra serían la mejor actitud que os convendría; pero los tiempos no son propicios, y más que eso, carecemos de medios de defensa y de ataque, y la sequía y las pestes han arrasado con los recursos de la región con los cuales habríamos podido sostener una vigorosa campaña contra nuestros perseguidores, quienes, por quererlo todo para sí, privan de su mendrugos y de un hueso a los guardianes domésticos, a sus compañeros leales de toda la vida. Es el caso —amigos y hermanos— de dirigir nuestras miradas hacia arriba, donde brilla esa inmensa rueda luminosa que nos alumbraba, la cual, según la tradición de nuestros antepasados, debe descender convertida en queso, en los momentos de una grande y verdadera necesidad para nosotros y nuestra prole. Clamemos a la luna todos a una voz, para que, cumpliéndose el vaticinio antiguo, baje a traernos el abundante alimento de su seno inagotable.

Y dicho esto, como poseídos de un fervor súbito, pusieron a ladrar a la luna plena un millar de perros de la asamblea, mientras el Bulldog de la arenga tomaba el trote majestuoso hacia la opulenta alquería, donde su estómago podría saciarse y regalarse con ruedas más suculentas y efectivas que la lejana y anémica "viajera de la noche".

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LOS DOS SABIOS

Gozaba en la montañosa comarca, entre todos los animales, gran fama de discreta y parca sabiduría, un enorme Asno bastante entrado en años, cuya conducta intachable era adornada con la rara virtud del silencio, esto lo distinguía y lo hacía simpático entre los demás de su familia, cuyo áspero rebuzno jamás pudo alcanzar de las academias ni un modesto *accésit* de canto.

Por esto fue que un día, durante una asoladora peste en la región, resolvieron pedir al reputado cuadrúpedo su consejo salvador y decisivo, para poner remedio a los comunes males.

Recibiólos él con aire sonriente y bondadoso, en el cual se transparentaba su acendrada modestia, y les dijo:

—El caso tiene... como es natural... su solución... pero ustedes deben consultar al sabio Doctor... Yo mismo les haré compañía...

Y toda la asamblea de los afligidos animales se encaminó hacia la residencia semicampestre de un afamado médico, ante cuyo saber se inclinaba todo el país, reverente y sumiso.

Paciente y magnánimo, escuchó la consulta de sus hermanos inferiores, y entonces, con palabra cariñosa e insinuante díjoles:

—El caso, hijos míos, es de carácter tan local y tan propio de la comarca, que es preferible la opinión de algún nativo de ella. ¿No han consultado allí con alguien?

—Sí; hemos pedido el parecer de nuestro convecino más caracterizado, el Asno, aquí presente, pero...

—Yo... —rumió el aludido, bajando la cabeza como ruborizado.

—Y bien —interrumpió un Zorro viejo, con mal disimulada ironía—, es mejor volvernós a nuestro valle y defendernos con nuestros propios medios.

*Porque aquí, amigos, a lo que discurro,
Y sin querer a nadie hacer agravio,
El burro con callar quiere ser sabio,
Y el sabio por no errar imita al burro.*

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ